

Didáctica

La escuela del siglo XXI: enseñar a vivir.

Hacia un pacto educativo

José Luis Rozalén Medina

Resumen

Pretende este artículo reflexionar sobre la urgente necesidad que tiene la sociedad española de conseguir un gran pacto educativo nacional, en el que la Escuela (en todos sus niveles y grados), fundamentada en unos principios éticos universales, en un programa, en una metodología y didáctica aceptadas por la gran mayoría, cumpla su alta misión de formar ciudadanos inteligentes, libres y responsables. El *protagonista* de esa educación es el alumno (apoyado siempre por su familia), pero el eje esencial sobre el que debe girar la acción educativa en la Escuela es el Maestro: el educador, perfectamente preparado, dotado de una serie de valores y actitudes intelectuales y morales, con una gran vocación y entrega, debe mantener enhiesta la antorcha de la educación, a pesar de los obstáculos y graves problemas que nos rodean.

Abstract

This paper aims to reflect on the urgent need for the Spanish society to get a great national educational pact, in which the School (in all its levels and degrees), based on universal ethical principles, on a program, on a methodology and teaching that are accepted by the great majority, fulfills its high mission to train intelligent, free and responsible citizens. The *protagonist* of that education is the student (always supported by his family), but the Teacher is the linchpin on which the educational action in the School must turn: The educator, perfectly prepared, gifted of a series of values and intellectual and moral attitudes, with a great vocation and delivery, should maintain high the torch of education, in spite of the obstacles and serious problems that surround us.

Palabras clave: educación, pacto educativo, maestro, valores, filosofía de la educación.

Key words: Education, educational pact, teacher, values, Philosophy of Education.

Un diagnóstico

Un año más, con la otoñada, se inicia el curso escolar en nuestro país. Se vuelven a poner sobre el tapete de los medios de comunicación, de las tertulias radiofónicas, los mismos asuntos de siempre, que, en muchas ocasiones, no suelen ser, precisamente, los más importantes, y que, además, se suelen despachar con los mismos comentarios superficiales, las mismas respuestas insulsas, los mismos tópicos de todos los años.

Se vuelve a hablar de lo que valen los libros, los uniformes, el material escolar, de la gratuidad total de los mismos (por cierto, hay familias que, ciertamente, se merecen la gratuidad total, pero hay otras que vienen de gastarse más de medio millón de las antiguas pesetas en vacaciones y dicen que no tienen para los libros; pero, en fin, ése es otro tema ligado a lo poco que se valora en este país la lectura y la cultura). Se vuelve a hablar del montón de becas que parece que van a dar, de lo que lloran los niños el primer día en la guardería, de las obras de tal o cual escuela que está sin acabar, de la señora ministra que estuvo en la inauguración del curso en el Colegio tal o cual...

Naturalmente, al lado de estos asuntos, si hay suerte, siempre se puede deslizar algún problema verdaderamente esencial, y eso que salimos ganando. De todas formas, a las pocas semanas de esta «euforia escolar post-vacacional», en cuanto el curso se haya puesto en marcha, en cuanto Ronaldo y Messi se hayan puesto a meter goles, en cuanto la «bazofia rosa» impregne las neuronas de millones de españoles de incapacidad para pensar, el «tema educativo» irá pasando a un segundo plano, se irá olvidando, y casi nadie, salvo los padres y profesores, se volverá a acordar de él hasta el año que viene por estas fechas.

Y esto, claro está, es triste y desesperanzador. Porque no hay asunto más importante y urgente para el presente y el futuro de una sociedad, de un país, que el de la educación. *Debería ser nuestra principal preocupación durante todo el año.* Deberíamos llevar a cabo entre todos los ciudadanos un amplio, calmado, sensato «debate nacional» para ver si entre todos llegamos a pergeñar un «marco referencial común» en el que podamos dibujar, de una vez por todas, *el mapa de la calidad y la excelencia de nuestro sistema educativo desde la escuela infantil hasta la Universidad.*

Porque a la universal necesidad de reflexionar siempre sobre la educación y sus problemas en cualquier sitio o circunstancia, debe-

mos añadir, aquí y ahora, los problemas concretos y particulares que tenemos planteados en esta España del otoño del 2009. *Es, como digo, completamente ineludible que todos nos pongamos manos a la obra para no perder definitivamente el rumbo.*

Nos encontramos en estos momentos en una preocupante encrucijada educativa, en un complejo y sinuoso laberinto en el que nadie parece encontrar el salvador hilo de Ariadna que nos pueda sacar de él. Y como consecuencia de esta situación, el desconcierto educativo está a la orden del día, los choques y enfrentamientos de leyes, decretos y contra-decretos, normas estatales y autonómicas están a la orden del día, produciendo el natural desconcierto de padres, alumnos y profesores. Pero no es el objetivo de este artículo realizar aquí un estudio pormenorizado de los contenidos de dichos decretos y leyes.

Lo que a través de esta reflexión pretendo, por el bien de toda la sociedad española y al margen de planteamientos políticos y sindicales, es hacer ver la urgente necesidad que tenemos de llegar cuanto antes a *un gran pacto social* entre todas las fuerzas políticas y sindicales, entre todos los estamentos de la ciudadanía española, para intentar llegar a la excelencia, para levantar los cimientos de una educación integral de orden ético, intelectual, emocional, estético..., que sirva para hacer de nuestros hijos y alumnos personas bien formadas, equilibradas, maduras, que sepan dirigir su vida con sustantividad y sentido.

Hemos de llegar cuanto antes, creo yo, a un núcleo de *principios elementales*, de *fundamentos básicos* que todos tendríamos que acatar, que todos deberíamos cumplir, a una especie de «paideia mínima» que nos permitiera seguir avanzando en el camino de la educación de nuestro pueblo. Después pueden venir los matices, las precisiones, pero el «punto de arranque» de donde debemos partir debería ser incuestionable, para que no se nos vayan al garete, perdidas entre tantos enfrentamientos políticos, generaciones enteras de chicos y chicas que se merecen una educación de calidad.

1. Aula académica y vida real

Entre esos *principios claves universales* que deberían regir nuestra actividad educativa es imprescindible destacar: el estudio serio y continuado, la exigencia, la constancia, el esfuerzo en el trabajo, el rigor, el método, la libertad y creatividad, el desarrollo de una inteli-

gencia emocional amplia, el amor a la investigación, a la cultura, a la lectura, la cercanía y colaboración entre profesores, padres y alumnos, la práctica habitual de «diálogo socrático», el respeto a la *autoridad moral e intelectual* del maestro. No se trata solamente de la *autoridad civil* de la que ahora quieren investir al profesor, y que, dados los tiempos que corren, no está de más, ya que la indisciplina y la violencia están llegando en algunas circunstancias a cotas vergonzosas, sino de conseguir una *autoridad superior de orden ético y académico* que dimana de la propia personalidad del maestro, del profesor-educador que «ayuda a crecer en todas las facetas de la vida a sus alumnos»... *Son éstos sólo algunos de los principios esenciales, de las características principales que deberán regir nuestra Escuela.* Cada uno de ellos, por separado, tiene tanto peso específico, que merecería una reflexión especial.

Pero hoy y aquí quiero hacer hincapié en uno de esos *fundamentos básicos, clave de la Escuela del futuro, principio sustentador de todos los demás*, que no podemos olvidar en este deseable y urgente «pacto nacional»: *La Escuela debe ser espejo de vida, sembradora de valores, yunque de actitudes, forja de personas.*

La Escuela del futuro, más que Academia o «foco de instrucción», debe ser «foco de educación», ámbito de aprendizaje vital, faro de comportamiento, en donde, a través del ejercicio racional de la libertad, podamos ir forjando hombres y mujeres plenamente realizados, ciudadanos responsables. La Escuela (nos lo recordaba Giner de los Ríos y unos años después Ortega y Gasset) en todos sus tramos y etapas *debe educar ciudadanos para la vida.* La Universidad no sólo debe preparar buenos profesionales, ejercitar los métodos científicos y de investigación, sino que, además, *debe forjar personas que sepan conducir su vida con sentido.*

Los maestros, todos, deben ser conscientes de que su misión no es solamente enseñar una asignatura, sino abrir mentes y corazones, modelar vidas. Los educadores, a pesar de los tiempos que corren (malos para la filosofía y la poesía), deben entusiasmarse con el trabajo que realizan cada día, para enseñar a sus alumnos a vivir con entusiasmo e ilusión.

El Maestro no debe olvidar que es maestro todos los días de su vida, todas las horas del día. Debe *escuchar* y *respetar* los sueños de sus alumnos para así incitarlos a que busquen otros mayores y más elevados. *Hay que darles con amor unas pautas de comportamiento justas y coherentes que les ayuden a caminar y a madurar.* Si el educador quiere que sus alumnos sean responsables, debe ser él mismo

responsable con ellos, cumpliendo sus compromisos, manteniendo sus promesas...

Hay un librito de la profesora Karen Katafiasz, *El arte de educar*, en el que se habla de que el maestro debe infundir confianza a sus alumnos para que éstos se den cuenta de que su vida es importante, de que, con sus actitudes y obras, pueden ayudar a cambiar el mundo; los alumnos necesitan un ambiente acogedor donde puedan sentirse seguros y respetados, por lo que hay que hacer del aula un hogar, un lugar cálido donde puedan expresarse y ser ellos mismos; hay que aceptar a todos los alumnos por sí mismos, cada uno con sus talentos, con sus cualidades y defectos, y, aunque no siempre se pueda admitir su comportamiento, sí se debe querer siempre su ser más profundo, su persona, su existencia.

2. La verdadera dignidad del maestro

En muchas ocasiones se ha intentado objetivar la vocación educativa del maestro como si fuera la transmisión aséptica de saberes, técnicas y hábitos que preparan al niño o al joven para un futuro técnico o profesional, es decir, para saber hacer o fabricar algo, para ocupar un puesto o ganar un sueldo. «Todo esto», en palabras de Olegario González Cardedal, «es necesario y sagrado, pero sólo en la medida en que nace de algo mucho más sagrado y profundo...».

Lo más importante, lo esencial en la labor del maestro es sentir esa *emoción profunda* (que no se puede explicar al que no lo ha sentido nunca) que se produce en el alma del educador cuando, merced a su entrega y trabajo diarios, a su ilusión y dedicación sin límites, a su noble espíritu esperanzado, puede contemplar cada curso, cada mes, cada semana, cada día, cada momento, el brillo agradecido de los ojos de sus alumnos, al descubrir una verdad intelectual, un valor moral, una sensación estética; entonces el educador se da cuenta de que la semilla voleada con generosidad ha caído en buena tierra y está empezando a germinar.

Lo diremos con palabras de Gabriel Celaya: «Educar es lo mismo/ que poner un motor a una barca./ Hay que medir, pesar, equilibrar.../ y poner todo en marcha./ Pero para eso/ uno tiene que llevar en el alma/ un poco de marino,/ un poco de pirata,/ un poco de poeta,/ y un kilo y medio de paciencia concentrada./ Pero es consolador soñar, / mientras uno trabaja,/ que ese barco ese niño/ irá muy lejos por el agua./ Soñar que ese navío/ llevará nuestra carga

de palabras/ hacia puertos distantes,/ hasta islas lejanas./ Soñar que cuando un día/ esté durmiendo nuestra propia barca,/ en barcos nuevos/ seguirá nuestra bandera enarbolada./»

Educar es, decía Platón, «dar al cuerpo y al alma de los educandos toda la belleza y perfección que éstos son capaces de recibir», para que se adentren así en el bosque de la vida; es regar el aún tierno árbol de su libertad que está empezando a crecer, para que se haga árbol fecundo; es decirles que, a pesar de lo que ven a su alrededor en un mundo materialista y mezquino, hay gente en cualquier rincón de la Tierra que sigue creyendo en la alegría, en el trabajo, en el respeto, en las ganas de vivir, e intenta descubrir cada amanecer horizontes nuevos; educar es hacerles ver con el ejemplo diario que son dichosos aquellos hombres y mujeres, en palabras de González de Cardedal, que «tienen el valor de soñar, y sobre todo son dichosos aquellos que pagan el duro precio que cuestan los sueños, y luchan para que se hagan realidad en la vida de los hombres».

En el surco de cada día, el maestro en su laboreo noble y generoso enseña a la gente a ser un poco más solidaria, un poco más responsable, un poco más libre, un poco más humana, un poco más feliz... Lo dice certeramente el profesor Carlos Díaz en el prólogo a su libro *A pie de Escuela*: «El maestro debe mitigar con el rigor del amor lo que la exigencia del esfuerzo y el rendimiento para el éxito a veces no logra».

El maestro bajará a la caverna platónica de nuestro tiempo, en donde reina la oscuridad, la vulgaridad, el aturdimiento, la ceguera, la ridiculización de «lo espiritual» (en un sentido amplio) y allí, con paciencia y pasión, intentará disipar las tinieblas con el fuego de su palabra y de su ejemplo, iluminando el recinto y ayudando a subir, plenos de luz y sabiduría, hasta la boca de la cueva a cada uno de sus discípulos, cada uno con su alma distinta y peculiar, con un fulgor diferente y original en su personalidad.

El maestro, investido de *esa autoridad intelectual y moral* de que antes hablábamos, autoridad que será directamente proporcional a su capacidad para acompañar al discípulo en su camino ascendente, eleva a éste desde el nivel en donde está situado hasta el infinito... «Educar», como bien sabemos, significa «conducir», llevar al discípulo hacia su propia perfección, *ayudarle a que libremente saque del fondo de su ser todo lo que allí dormía latente*. Y en ese camino de perfección, sigue diciéndonos Carlos Díaz en el libro citado, «no debe ponerse nervioso el maestro, ni venirse abajo porque el fruto del tra-

bajo no sea rápido, ya que la primera cosecha está en el hecho mismo de la siembra».

Para cumplir su función, el buen maestro conoce bien al discípulo, su evolución personal; se pone a su lado, anda a su paso para ayudarle, guiarlo, darle fuerza, proponerle metas y medios adecuados para que las alcance. Con su palabra y sus acciones va directo al corazón y a la mente de quien lo quiera escuchar: «No se entra a la verdad sino por el amor, y no se descubre el amor si no es amando. Si en la Escuela falta el amor, falta todo».

He leído hace poco un precioso libro del padre Manjón, *El maestro mirando hacia adentro*, que está cuajado de hondas reflexiones y que aún no han perdido ni actualidad ni vigencia. Se dice allí que «el maestro, armado de paciencia y laboriosidad, sabiduría y amor tiene como alta misión hacer de sus discípulos personas cabales y virtuosas, modelar sus corazones y sus almas, conocer la realidad y mostrársela, sembrar en ellos la esperanza en la vida, aunque ésta pueda parecerles dura».

El maestro, el profesor, debe leer, estudiar, estar al día en todo, intercambiar experiencias con sus compañeros... porque su trabajo es duro y permanente: «No se es maestro por horas, sino todas las horas del día», lo hemos dicho antes. Un buen maestro transpira seriedad, orden, equilibrio, método, disciplina, auxilio en los apuros, buen ánimo en los momentos difíciles, consejo en las dudas, alegría en los momentos felices... *Nunca olvidará que él es el eje de la Escuela, aunque el protagonista sea el alumno.*

Siendo apasionado, sabrá dominar y encauzar su pasión; dominando la palabra, dirá las justas y de forma ordenada y respetuosa; sabiendo mucho más que sus discípulos, partirá siempre de lo que sepan ellos, desde la experiencia más elemental para llegar después hasta las teorías y planteamientos más universales y amplios: su lema será enseñar a «saber mirar», «saber ver», «saber intuir», que son conceptos y actitudes clave en la educación del futuro.

El buen maestro no llena la cabeza de cosas vanas e inútiles sino que siembra aquellos conocimientos y verdades que, perfectamente estructuradas y encadenadas, van a constituir el entramado interior, el edificio mental y afectivo en el que el alumno va a poder habitar durante toda su vida.

En definitiva, «la educación», como nos dice Giner, «es obra que pide al maestro clara concepción de los fines, labor profunda, ánimo sereno, devoción austera, paciencia inquebrantable... El magisterio exige hombres equilibrados, de temperamento ideal, de amor a to-

das las cosas grandes, de inteligencia desarrollada, de gustos nobles y sencillos, de costumbres puras, sanos de mente y cuerpo, dignos en pensamiento, palabra y obra».

Cuando ya acaba el curso, al final de la cosecha, en la última clase, al borde del adiós, les suelo decir a mis alumnos las palabras que aquí voy a reproducir, palabras cuajadas siempre de sincera emoción y que reflejan, creo yo, el talante y el espíritu de la mayoría de los educadores cuando sus alumnos se van «a otras riberas» y se le llena el alma de nostalgia. Entre otros muchos recordatorios e ideas, ya al final de mi intervención, les hablo así: «... Suele pasar siempre: Cuando la persona amiga está a punto de marchar, se nos ocurren las palabras que antes, por torpeza, por cansancio, por limitaciones de todo tipo, no le dijimos. Pero, entonces, sólo tenemos tiempo para un apretón de manos apresurado, para un abrazo, para una mirada afectuosa, para un ¡hasta pronto! Eso me pasa a mí ahora...

Sin embargo, en mi última clase, en el andén de partida, no me resisto a recordaros algunas ideas de las que ya hemos hablado durante el curso, pero que ahora cobran una especial y emotiva importancia. Os recuerdo que sois únicos, insustituibles, irrepetibles. Que debéis amar vuestra vida y ser fieles a vuestra vocación. Que no os debéis dejar arrastrar nunca por la masa, por los mediocres. Que debéis exigir y exigiros. Que debéis tener el coraje de imaginar vuestro futuro y intentar conseguirlo sin herir a nadie...

Lleváis un gran bagaje de juventud y de fuerza creadora que debe haceros olvidar a los envenenadores de la vida, a los que, a vuestra edad, ya no creen en al posibilidad de luchar por ninguna utopía responsable. Os recuerdo que, con Sócrates, “es mejor sufrir injusticia, que cometerla”. No olvidéis que debéis ser amigos de vuestros amigos y que no os debéis crear falsos infortunios, porque muchas veces el miedo es fruto de la fatiga y la soledad. No debéis ser cínicos en el amor, porque cuando aparece el desencanto en el rostro, se convierte en algo triste como la hierba seca...

En un mundo de triunfadores, procurad escuchar a todos aunque sean torpes, pues cada uno tiene una vida que contar. En tiempos de pachangas y estridencias, debéis evitar a los agresivos y ruidosos: la paz está siempre en el silencio y en la calma. No os comparéis con los demás, puesto que os podéis convertir en seres amargados, porque siempre encontraréis a vuestro alrededor a alguien mejor o peor que vosotros. Amad vuestro trabajo aunque sea humilde: es el tesoro de vuestra vida.

Alegraos tanto de vuestras realizaciones como de vuestros proyectos. Aunque en el mundo abundan muchos tipos sin escrúpulos, siempre habrá a vuestro lado personas que, sencillamente, lucharán por hermosos ideales, porque el mundo está lleno de heroísmo. Me despido de vosotros: no sois más que criaturas en el Universo, no menos que las estrellas, que los árboles; tenéis derecho a estar aquí. Luchad por ser felices, porque en esa lucha por ser personas consiste el oficio de vivir...».

Pocos retratos tan cautivadores como el que J. Xirau hace de su maestro Cossío y que viene a quedar para muchos de nosotros como modelo ideal de educador: «Era sencillo en sus palabras y en sus acciones. Abierto, espontáneo, sin actitud ni gesto estudiado, humano, completo, armonioso, siempre accesible, siempre simpático... Hablaba con vivacidad e inagotable variedad. En su conversación se mezclaban en unidad indiscernible las más íntimas confidencias con la discusión de los temas más impersonales y objetivos...».

Ponía en cada palabra, en cada frase, el alma entera. La conversación nunca era corta. Con las personas a quien quería se alargaba ordinariamente por varias horas. Salía de sí mismo, se vertía hacia fuera. Cada palabra tenía una perspectiva insospechada. Decía las cosas más evidentes con el resplandor de la belleza. Las ideas más abstractas adquirían la calidad de obras de arte. Uno tenía la impresión de que lo que decía lo había pensado siempre así. Pero era nuevo, intacto, reverberante. Descubría y ponía a plena luz los pensamientos del más íntimo recato. A medida que hablaba, su figura se alargaba, se estilizaba, se afinaba. Era un Greco viviente».

3. «Magister»: «el que ayuda a ser más»

En la hermosa «Oración de una maestra», la poetisa Gabriela Mistral canta de esta manera a la suprema dignidad del maestro, de la maestra, al sagrado oficio del que dedica su vida a hacer crecer a los demás, de ayudar a ser más: «¡Señor! Tú que enseñaste, perdona que yo enseñe, que lleve el nombre de maestra, que Tú llevaste por la Tierra. Dame el amor único de mi escuela; que ni la quemadura de la belleza sea capaz de robarle mi ternura de todos los días».

Así es, en efecto: la profesión educadora (lo hemos dicho más arriba) no es, no puede ser una profesión cualquiera, fría, aséptica, funcional, distante, sino que, por el contrario, se trata de una *verdadera vocación*, de una entrega diaria y sin condiciones a los discí-

pulos, para despabilar en sus almas, a través de la palabra y del silencio (también el silencio es educador), del pensamiento y de las obras, la llama de la inteligencia, de la voluntad, de la sensibilidad, del comportamiento ético, para despertar en sus conciencias el deseo de llegar a ser «buenas personas», en el sentido griego y machadiano de la palabra «buena»: honesta, justa, inteligente, fiable, lo que hoy en lenguaje actual y juvenil se suele llamar: «ser buena gente». Ése es el objetivo del maestro: ayudar a sus discípulos a «ser buena gente».

«No hay educación», escribe F. Savater, «si no hay verdad que transmitir, si todo es más o menos verdad, si cada cual tiene su verdad más o menos respetable y no se puede decidir racionalmente entre tanta diversidad». Es *el maestro* el que con su *autoridad moral y su prestigio intelectual* ayuda a imaginar, a pensar, a decidir, *a crecer en todas las dimensiones*, que eso significa etimológicamente «maestro» (del latín «magis»= más, «magister»= el que es más y ayuda a serlo).

Estamos de acuerdo con el ensayista español: *hay que superar el relativismo sin compromiso e infecundo* que tan fácilmente arraiga en la mente adolescente, y defender razonadamente que *no todo es igual*, que no es lo mismo ser un tirano que ser un demócrata, ser solidario que ser un egoísta, construir que arrasar... Y todo eso hay que enseñarlo, *tiene que haber alguien que se atreva a decirlo en medio del páramo espiritual que nos rodea, en medio del desierto de agnosticismo que avanza implacable. Y ese alguien es el maestro, el profesor, el educador.*

Porque, en efecto, aunque, hay que ser respetuosos y tolerantes con lo que opinan los demás, siempre será la *frontera ética* la medida de esa tolerancia. La tolerancia no puede olvidar que hay unos *valores objetivos que debemos respetar* porque son los que sostienen el entramado de nuestra vida personal y social. Por lo tanto, nuestros hijos y alumnos deben comprender, como muy bien nos recuerda Carlos Díaz, que «no hay que tener ningún respeto a la maldad ni a la mentira, aunque tratemos de educar y ayudar al malo y al mentiroso».

El niño, el adolescente, el joven, necesitan confirmarse a sí mismo y están pidiendo a gritos «modelos de excelencia», ideales de vida, saber a qué atenerse, prototipos ejemplares que imitar. Si los padres y los maestros claudican y dejan de ser esos «ejemplos referenciales» imprescindibles para los chicos y chicas en edades tan cruciales para la forja de su personalidad, éstos, sin rumbo ni crite-

rio, correrán entonces el peligro de seguir al más pillo, al más hábil, al más embaucador, al más brillante, al más inmoral, e ir así a la deriva.

La construcción de sí mismo, la conquista de nuestra libertad personal no se nos da hecha, sino que es obra lenta y duradera (en definitiva, es obra de toda una vida), para ir asumiendo racionalmente, libremente, los ideales o metas *propuestos*, y *no impuestos*, en una constante mejora de nosotros mismos, en una búsqueda sin tregua de la perfección. El «oficio de educar» (con toda la carga de amor y laboreo que lleva la palabra «oficio»), la *tarea de ayudar a crecer en esa construcción personal* es la propia y genuina del maestro.

Habría que decir que más que educar *en* la libertad del alumno (que aún tiene que conquistar), el maestro debe educar *para* la libertad, *para que el educando llegue a ser algún día profunda y voluntariamente libre*, en la medida que le es posible ser libre al ser humano, superando las «circunstancias» impuestas, de las que tanto y tan bien habló Ortega.

Escribe certeramente Enrique Belenguer: «Frente a una pedagogía blanda y de dominio de términos débiles, con el asentamiento de teorías educativas de corte descriptivo que hacen excesivo hincapié en el aspecto técnico-didáctico..., con una ausencia total de la sabiduría del sentimiento, con prevalencia de una moral de ocasión, con una educación dulzona y meliflua que no favorece a nadie, con una incrustación sibilina del pensamiento único...», el maestro debe mostrar a sus alumnos, con objetividad y seriedad, los distintos paradigmas o modelos existentes de la realidad, las diferentes cosmovisiones, para que el alumno, conociendo lo que le rodea y sabiendo lo que le conviene, *vaya templando su libertad, decidiendo su propio devenir y fortaleciendo su propio Yo*.

El maestro ha de saber mantener con decisión, y al mismo tiempo con humildad, su método, su estilo para *hacer crecer* en todas sus dimensiones a sus alumnos, *pero sin imposiciones*: no ha de manipularlos aprovechándose de su situación ventajosa, sino que *debe respetar siempre su propio proceso evolutivo* y actuar en todo momento con disciplina, constancia y rigor, pero sin olvidar jamás que su acción educadora debe estar impregnada de un afecto sincero hacia quien está en sus manos y que espera de él, nada menos, *que le enseñe a vivir*.

Si algún maestro cree que nunca podrá tener peso en el crecimiento moral e intelectual de sus discípulos, si piensa que nunca podrá hacer nada por la felicidad personal de los chicos y chicas

que tiene delante por su inserción social como ciudadanos libres y críticos, por su acceso y disfrute de los valores e ideales por los que merece la pena vivir, si está convencido de que nunca podrá dejar en el fondo de su ser alguna semilla, alguna luz, alguna llama iluminadora, entonces *este educador está de más*, no tiene nada que hacer, debe dedicarse a otra cosa.

Si algún maestro obra con este desencantamiento, el llamado «principio de educabilidad» se desmoronará por completo; si algún maestro no está seguro de que no sólo el educando podrá conseguir lo que se ha propuesto, sino que *él mismo*, él y su influjo diario, él desde su opción libremente elegida de educador, él, a pesar de todas las dificultades y limitaciones, es capaz, junto a los demás maestros, de contribuir a que sus discípulos *crezcan* en todas sus potencialidades, entonces está de sobra. *Para ser un buen educador hace falta clara vocación, ideales que transmitir, preparación científica, pedagógica y psicológica, mente y corazón dispuestos y un fuerte empuje moral. Si no es así, su labor se convertirá en un verdadero tormento y la travesía se hará tan dura que sería mejor abandonarla para que otros recogieran el testigo.*

Cuando Adolfo Posada evoca en *La Nación* (1929) la figura extraordinaria de Manuel B. Cossío, en un artículo titulado: «Un gran maestro español: Cossío», escribe unas preciosas palabras, que hablan precisamente de esa llama interior del maestro que está por encima de cualquier otro componente del proceso educativo: «¿No veis claramente que en la Escuela no es lo principal el material, ni el edificio, sino el *espíritu del maestro* que ha de vivificarlo todo, que ha de relacionarlo todo, que ha de dar sentido a la realidad, y que el cultivo de ese espíritu, la preparación de tales fuerzas es lo que está reclamando, antes que nada, el ardiente interés de toda la sociedad». Lo solía repetir Giner de los Ríos: «Dadme un buen maestro, y él creará la Escuela». «¡Gastad, gastad en los maestros!», aconsejaba Cossío a los políticos de su tiempo.

Porque, en definitiva, ser maestro es, antes que nada, una *actitud ante la vida*, como expresa con emoción contenida Josefina Aldecoa en su libro homenaje al primer maestro: *Mi infancia son recuerdos...* Ser maestro, ser maestra, ser educador «es una pasión que nace de una generosidad sin límites, de un deseo de entrega agotadora».

Ser maestro, como escribe el profesor Marina en su *Manifiesto del Maestro*, es «ser el profesional de la esperanza, el incansable, humilde y magnífico cuidador del futuro». Ser maestro, ser maestra nace de una generosidad sin límites. Ser maestro, ser maestra consiste en

hacer que los niños crezcan y lleguen a ser un día adultos responsables, ciudadanos maduros y felices.

4. El maestro y la sociedad en la que vive

Ahora bien, se está produciendo hoy en muchos ambientes una lamentable escisión entre Escuela y Sociedad, un grave desencuentro que está originando en una buena parte del profesorado un desconcierto, un cansancio que genera estrés, desmoralización y ansiedad, al no saber cómo actuar, cómo preparar para la vida a sus discípulos, inmersos en una Sociedad que, en muchas ocasiones, menosprecia los valores intelectuales, morales, estéticos que la Escuela transmite; sumergidos en una Sociedad que proclama y defiende unos antivalores de carácter puramente materialista, positivista, neo-capitalista, muy lejanos (en muchas ocasiones antagónicos) de los que el maestro enseña y defiende.

Nada mide mejor la estatura moral, intelectual y cultural de un país que el aprecio que dicho país tenga, o no tenga, por los educadores, por los maestros. Cuando un pueblo atiende, ensalza o manifiesta interés por personajes de una baja estofa ética y mental, y olvida sistemáticamente a los que dedican sus vidas a sembrar inteligencia y valores, ya podemos saber qué ínfima calidad tiene ese pueblo. Cuando una nación apoya, atiende, valora, exige, se preocupa de la misión y el trabajo de los maestros, podemos estar convencidos de que el futuro de esa nación está asegurado y la esperanza no se ha extinguido.

El profesorado se siente en muchas ocasiones solo y desorientado, produciéndose lo que se ha dado en llamar «el malestar docente». La escasez de recursos, los contenidos «descafeinados» en materias básicas, la precariedad de medios, las deficientes condiciones laborales, la falta de justa promoción profesional, la sobrecarga de funciones, la falta de una verdadera vocación en algunos maestros y profesores a los que les falta coraje moral para seguir adelante, la permisividad en las aulas, la incomprensión de muchos padres que sólo buscan que sus hijos aprueben sin más exigencias, el poco apoyo de la dirección e inspección en los casos de clara indisciplina, el nominalismo estéril de las leyes y normativas, la promoción automática de alumnos que no deberían pasar de curso en una suerte de demagógico progresismo que hunde aún más a esos alumnos, el analfabetismo galopante alimentado por los «excrementos televisivi-

vos», la sociedad de consumo que impone su ley, el poco prestigio social de la imagen del educador porque ya hay otros «modelos» de éxito social mucho más «arrebataadores» y «triunfadores»... *todo esto hace que el maestro se sienta, en bastantes ocasiones, un poco perdido, un poco desolado, un poco desilusionado.*

Naturalmente, de ese estado de confusión hay que intentar salir, y, de hecho, una gran mayoría de los profesores lo superan y siguen adelante en su fértil labor diaria con decisión y empuje. Pero esta situación social está ahí y supone un constante desafío. Lo que ocurre es que el maestro se da cuenta (y esto lo llena de fuerza y ánimo) de que parte de su semilla cae también en buena tierra, se entierra en el hondón del alma de muchos de sus alumnos, da el ciento por uno, y contribuye, al germinar y multiplicarse, a la mejora material y espiritual de la sociedad en la que vive y a la que educa.

El profesor Gómez Llorente, en su conferencia «El valor de la profesión docente», ante la situación en la que nos encontramos, aboga para que los educadores realicen en la sociedad su genuina misión, es decir, para que escapen valientemente de esa hegemonía mercantilista y consumista y se conviertan en «disidentes convencidos, activos, estudiosos, en una constante labor de grupo», para que se liberen de esa sociedad opresora, de esas familias cuyo oscuro objeto de deseo es sencillamente el éxito social, la exaltación seductora del poder, de la riqueza, de la fama... Los profesores, explica Gómez Llorente, «deben convertirse en nuestros tiempos en un «auténtico factor de reequilibrio social y moral», y mostrarse *inconformistas* ante lo que están viendo, «si lo que están viendo va contra la razón, contra la libertad, contra la creación de un mundo más bello, justo y solidario».

En su libro *Mi don Francisco Giner*, cita J. Pijoan unas palabras de Giner que hablan precisamente de esa *permanente inconformidad* que todos, y especialmente los maestros, debemos tener con aquello que sea inmoral y zafio en la sociedad en que vivimos: «Sean Uds. imposibles para todo lo vulgar, común, anticuado. Imposibles para todo lo muerto o prostituido. Sean Uds. los glóbulos rojos del organismo social. Y no únicamente en las Cortes, sino en sus casas, en las calle, sean como un fermento activo, casi misterioso... Nuestro objetivo en el mundo no es gobernar mejor ni ser mejor gobernados, sino simplemente *ser mejores*. ¡Cada día mejores! Todo lo demás se nos dará por añadidura».

En realidad, desde *la paideia griega* el problema de la educación ha sido siempre un problema de *cómo y en qué valores educar*.

Siempre tendremos que educar en la «no- indiferencia» hacia los valores, en la «no- indiferencia» hacia la dignidad humana. Como hemos dicho más arriba, no se trata de *imponer* dogmáticamente unos valores, sino de *buscar* entre todos esos *valores universales*, que, en palabras de Fernando Savater, «son aquellos verdaderos logros de la civilización humanizadora, a los que no se puede renunciar sin concesión a la barbarie», perspectivas siempre abiertas, perfectibles, que nadie tiene derecho a cerrar definitivamente.

Precisamente son estos *valores universales* los que el maestro debe transmitir sin complejos a la Sociedad de su tiempo a través de la actividad de la Escuela, dando él mismo ejemplo diario de honestidad en su quehacer profesional y personal, fomentando la capacidad crítica y el diálogo, valorando el pluralismo social e ideológico pero sin descartar la infatigable y constante búsqueda de la Verdad «con los demás», desarrollando la responsabilidad de cada uno de sus alumnos, invitando a padres y madres, a distintas organizaciones y asociaciones a participar en debates y charlas sobre los problemas más candentes que nuestra sociedad tiene planteados, realizando trabajos de investigación en torno a estos temas, tanto por parte de los alumnos, como de los demás profesores, organizando «mesas redondas», seminarios, conferencias, contactos con gentes de otras culturas, de otras creencias, para entre todos, empleando estrategias y métodos adecuados, de forma transversal e interdisciplinar, conseguir la fundamentación de esos *valores éticos universales* que, una vez asumidos, transformarán la Sociedad en la que el maestro vive.

Me parecen muy acertadas las ideas expuestas por Fernando Savater, cuando afirma que «el aprecio y la consideración social de los maestros es el indicador del desarrollo humanista de una sociedad». Se da en España, dice el ensayista, una clara paradoja entre la «dignidad moral del maestro» (que poca gente pone en duda), y la minusvaloración real del papel social que a éste se le concede: Es decir, *se le exige mucho* (debe hacerlo todo), pero, en realidad, *se le valora y se le corresponde con poco*. Y en medio de esa situación de cierta perplejidad, el maestro, casi heroicamente, debe abrir sendas, marcar pautas y tomar decisiones no siempre fáciles.

Efectivamente, sería interesante, pensamos nosotros que, por ejemplo, los Medios de Comunicación, en especial la televisión pública, que tantas veces deja sin cumplir con su obligación de elevar el nivel cultural del pueblo que la paga, sería interesante y necesario que apoyara con claridad a maestros y educadores en su difícil y muchas veces áspera misión. Como sugiere el prof. Savater, la televi-

sión pública debería decidirse a programar algo equivalente a «Operación Triunfo» pero que se llamase «Operación Servicio», en donde se mostrase el día a día de quienes tienen que educar a niños y adolescentes, su formación, sus frustraciones y las presiones que sufren. «Porque en esta sociedad del falso relumbrón que glorifica el éxito va siendo urgente cambiar de héroes cotidianos. Y proponer nuevos modelos más complejos y necesarios a la consideración social, no para que los veneren ciegamente, sino, sencillamente, para que se les respete como es debido». Así es, en efecto, los maestros y educadores necesitan que se les preste atención, que se les apoye, que se les tenga, por lo menos, un mínimo de consideración, que los ciudadanos conozcan y valoren cuál es su decisiva misión en el progreso y mejora de la Sociedad.

5. *La ineludible pregunta filosófica*

No cabe duda de que «la educación es el más humano y humanizado de todos los empeños», pero el problema es que hoy el maestro, el educador se pregunta muchas veces, ante lo que la sociedad está demandando, *qué camino será el más idóneo para seguir adelante*, qué ruta la más necesaria y urgente para llegar a buen puerto en el proceloso mar del Nuevo Milenio. *La crisis actual de la educación proviene precisamente de que no están claros esos caminos, esas rutas*. La Sociedad, en muchas ocasiones, defiende unos valores, y los maestros hablan de otros. ¿Qué decidir? ¿Por dónde ir? ¿Qué hacer?

Son éstos los *interrogantes esenciales* que hemos de intentar resolver todos los que nos dedicamos a educar si queremos avanzar con cierta coherencia, y estas preguntas pertenecen de lleno a la *Filosofía de la educación*, teniendo en cuenta que es *la educación* el tema más importante de Filosofía, puesto que, en definitiva, *todos los problemas filosóficos son problemas de educación*.

Son estas cuestiones educativas, sin duda alguna, de un gran calado filosófico, y encierran complejos dilemas difíciles de solucionar: ¿En qué debemos educar: en la autonomía personal, que nos hará libres y felices, aunque tengamos complicaciones y persecuciones, o en el acatamiento social, sin límites críticos, de los estilos de vida y pensamiento imperantes, que, seguramente, nos convertirán en «boregos satisfechos»?

¿Para qué debemos educar? ¿Para conseguir «tiburones» sin conciencia moral que avasallan y «ponen la bota» en el cuello de los que trabajan con ellos, para conseguir tipos agresivos, duros, regidos por la fría competencia y productividad económica, que son capaces de someter a sus subordinados al llamado «acoso psicológico» sin ningún tipo de escrúpulos, que arrasan sin darse cuenta de que tratan con personas?... O, por contra, ¿debemos educar para formar seres humanos completos y equilibrados, responsables y sensibles, exigentes pero solidarios, que emplean su trabajo para su realización personal y la de los demás, para generar bienestar y felicidad y no simplemente dinero y poder?

¿En qué hay que educar: en repetir los «patrones conductuales» vigentes, o en atisbar otros nuevos, más imaginativos y justos, más difíciles de conseguir, pero totalmente necesarios para llegar al reino de la racionalidad y la libertad, «el reino del espíritu, en donde nunca hay lunes», en bella frase gineriana? Ésa es la cuestión de fondo que debemos resolver los educadores para saber a dónde nos queremos dirigir.

Neil Postman pone el dedo en la llaga, al recordar que «la mayoría de los debates que en nuestra sociedad se abren en torno a la educación giran casi siempre alrededor de los *medios* (estrategias, diseños curriculares, didácticas, audiovisuales, ordenadores...), pero muy pocas veces en torno a los *finés fundamentales*: ¿Para qué educar?, ¿Qué tipo de persona queremos formar?, ¿Qué clase de sociedad queremos construir?

En definitiva, la Sociedad se olvida de tratar de los temas que entran de lleno en el campo de la *Filosofía de la Educación*, materia que, por cierto, debería ser fundamental en la preparación académica de los futuros maestros y profesores y que muchas veces, tristemente, brilla por su ausencia en los actuales Planes de Estudio de aquellos educadores en formación.

Nos parecen esclarecedoras al respecto las palabras del profesor Angel Casado, de la Universidad Autónoma de Madrid, cuando asegura que «se debe reafirmar la necesidad de la enseñanza de la Filosofía en los programas de Escuelas Universitarias de Magisterio y en la preparación pedagógica que en las diferentes Facultades se debería dar a los futuros profesores, para que *el pensamiento filosófico*, asumiendo sin complejos el papel que le corresponde en el campo de la educación, desde su perspectiva crítica y creadora, abierta y plural, ayude a que la tarea de enseñanza del profesor llegue a ser una *verdadera experiencia de formación humana*».

Como ya apuntara Ortega, no hay que sustraer a los maestros de cualquier nivel de enseñanza de la ardua y hermosa tarea de «la *búsqueda filosófica* de la Verdad, la Belleza y el Bien, como fundamento de una vida más humana, libre y solidaria». Sólo así tendrán los educadores, además de dominar métodos y estrategias, *un conocimiento adecuado del sentido de la educación en la cultura y en la vida de nuestro tiempo*, y lo sabrán sembrar en la Sociedad del siglo XXI.

Por supuesto que los *medios*, los *instrumentos*, las *didácticas* son importantes (nadie lo niega, lo hemos dicho nosotros y habrá que tenerlo muy en cuenta en la futura selección del profesorado), pero lo esencial en la función educadora (y esto en todos los niveles educativos: infantiles, primarios, secundarios, universitarios) es tener claros los *fundamentos* que nos sostienen, y las *metas y fines* a donde nos dirigimos con decisión intelectual y ética, con ilusión renovada, poniendo la mente y el corazón en esa bella aventura diaria que consiste ni más ni menos que «en poner en contacto dos almas, dos espíritus», la del maestro y la del discípulo, como siempre lo han hecho los grandes maestros, desde Sócrates hasta nuestros días: *esa debería ser la meta común, el punto de referencia irrenunciable del «nuevo pacto educativo» que todos andamos buscando.*

Reflexión final

Conocemos las circunstancias difíciles, incluso heroicas en ocasiones, en que los maestros y profesores viven para llevar a cabo los hermosos ideales de toda educación; conocemos las circunstancias complejas en que muchos maestros están ejerciendo su labor diaria y que, en algunas ocasiones, los están llevando a la depresión y a la enfermedad psicológica: adolescentes semianalfabetos que no les tienen ningún respeto, que los amenazan, que incluso los golpean, bárbaros que desprecian cuanto ignoran, verdaderos «objetores escolares» que hacen imposible el desarrollo normal de las clases..., padres incapaces de imponer a sus hijos unas mínimas normas éticas de comportamiento y que no admiten que el maestro lo intente..., una Sociedad hedonista que hace oídos sordos al grave problema escolar y que viene a decir a los maestros: «allá se las entiendan ustedes»..., una Administración que va poniendo paños calientes al asunto, pero incapaz de emprender una verdadera revolución educadora y que nos está llevando al «furgón de cola» de Europa...

Todo esto, y mucho más, lo conocemos y nos duele el alma. Pero, a pesar de todo, a pesar de esta situación descorazonadora, el maestro, el profesor, el educador, siempre erguido, debe seguir manteniendo en su mano levantada la antorcha encendida de los valores, de la inteligencia, de la sensibilidad, aunque pueda llegar a quemarse. Si él se cansa, si él abandona, no habrá nadie que señale a los españoles la estrella de Don Quijote, la única que puede salvarnos.

Recibido el 5 de octubre de 2009

Aprobado el 14 de noviembre de 2009

José Luis Rozalén Medina
Fundación Giner de los Ríos (Madrid)
jlrozalenmedina@hotmail.com